

CARTAS CASERAS

IV

EN EL KOOPERATZIA

Dejamos las maletas en el muelle, dispuestos a cargar con ellas, si como se nos dice no hay portadores que lo hagan, y nos enfrentamos con la motonave de la *Sovtorgflogi* que ha de conducirnos a Leningrado (San Petesburgo).



La Casa de Chile y el Palacio o venta del Sprinken, en Hamburgo

Se nos cae el alma a los pies. El Kooperatzia que tiene cierta semejanza con las mejores motonaves de la Transmediterránea, es un vapor pequeño, sucio, descuidado, en el que la carga es lo de más y los viajeros lo de menos.

Cuando nos disponemos a tomar nuestras maletas, vemos que el agente de Cook y el chófer del autocar las van trasladando a la cubierta de proa. Allá vamos también nosotros cariacontecidos y cabizbajos. Dos agentes de la Inturist nos van pasando lista y tomándonos el pasaporte.

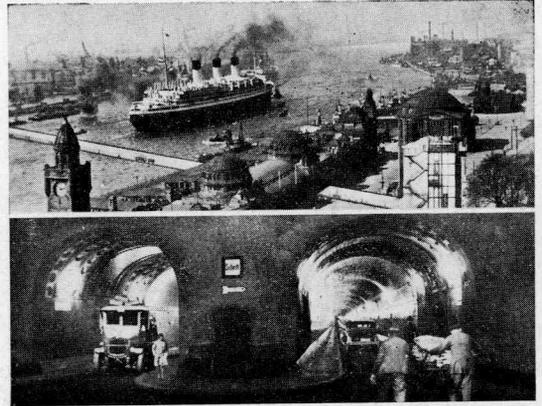


Plaza de Holsten con una casa alta, en Hamburgo

Después de mucho barullo, cuando comienza a anochecer, a eso de las siete de la tarde, nos acomodamos en nuestro camarote de dos literas números 125 y 126. Nos parece tan feo, pequeño y mal oliente, que dudamos si nos han colocado en cabina de primera clase, según lo cobrado. Pero después de ver las de

segunda con cuatro literas y las de tercera verdaderamente repugnantes, nos convencemos que vamos en lo más selecto del buque.

Van pasando las horas y en él no se hace más que cargar las bodegas con bultos de todas clases y tamaños, con una lentitud en las maniobras desesperante. No vemos jefes ni marineros de uniforme, sino un tumulto de obreros mal trajeados, que son los cargadores y la tripulación. Nos dá a todos la impresión de un absoluto desamparo y no confiamos más que en la Providencia. Las dos primeras horas a bordo son inquietantes. Preguntamos la hora de zarpar y nos contestan que a las 24, hora que nos parece muy ajustada si han de meterse en el barco todas las mercancías que abarrotan los vagones del muelle destinadas a Rusia.

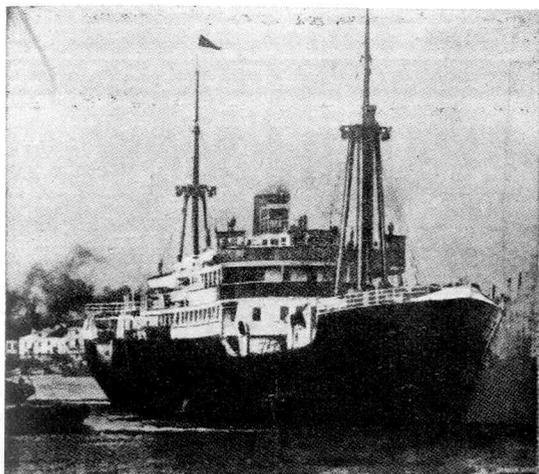


Puerto de Hamburgo con interior y exterior del Túnel del Elba

La policía alemana sube al barco para pedirnos un resguardo que debieron entregarnos en la frontera de Achen y en la que debiéramos haber declarado el dinero que teníamos encima. No llevábamos tal documento porque no se nos había entregado y nos dispusimos a mostrar el papel moneda. Nos lo consintieron y nos dejaron tranquilos. Entramos en la cabina. La camarera, una rusa hipotiroidea y desastrada que chapurrea el francés, nos facilita toallas limpias pero amarillentas y zurcidas con las que queremos lavarnos. Miramos nuevamente la cabina. Todo, al parecer, está limpio; pero todo exhala un olor a sucio que levanta el estómago. No es el olor a arenques de que habla García Sánchiz, es un olor, suigéneris, a cosa vieja y sucia, mezcla de queso, pescado, sudor y pergamino. El lavabo sumamente pequeño, no da de sí más que agua fría y roja como sangre de serpiente. Las camas, bastante deterioradas en sus metales, no tienen más que una manta doblada, una envuelta en tela, al modo hamburgués y una pequeña cubierta, que no son suficientes para abrigar, ni siquiera para cubrir, como no adopte uno la posición de las momias.

Pedimos otra manta, pero la francesita nos dice que ya es bastante con una. Por fin declara que no hay más. Miramos al radiador que no funciona y pensamos en el frío que vamos a pasar durante la noche, recordando aquella otra que pasamos en Graus, cuando fuimos con motivo de la enfermedad que se llevó al sepulcro a Joaquín Costa. Era invierno; en el ventanuco del cuarto de la fonda no había cristal y la luna llena parecía soplar sobre nuestro lecho un edredón de nieve. Tampoco allí nos dieron mantas. Tuve que cojer la mesilla de noche y ponérmela sobre los pies. Con aquel peso torturador, encima del abrigo tendido sobre la cubierta, pase las horas de la madrugada.

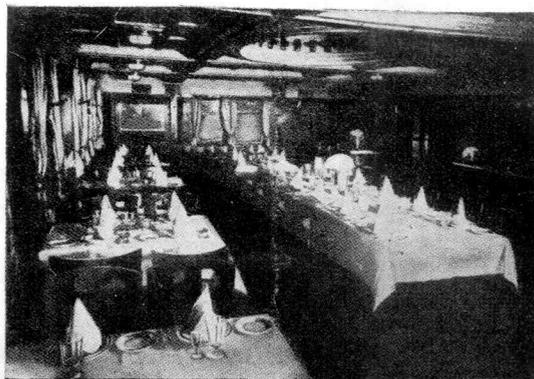
Aquí no podemos hacer lo mismo porque no hay mesilla de noche y la de día está fija a la pared. Oímos una campana que una camarera de grandes ojos



El Kooperatzia

negros y cejas perfiladísimas va tañendo por los pasillos de los camarotes. Nos acordamos de Pawlov, el gran fisiólogo ruso, de los reflejos condicionados, a quien nos proponemos saludar en Moscou.... y penetramos en el comedor. En el centro hay una mesa para doce plazas, donde dos compañeros, que ya nos esperan sentados, han dispuesto que cenemos juntos los nueve expedicionarios españoles. Ocupamos nuestras sillas, sumamente incómodas, porque además están sujetas al suelo y vemos escrito con lápiz sobre el mantel, un guarismo que es el mismo del servilletero que tenemos delante. Esto parece indicar que no cambiaremos de servilleta en las trece refacciones que hemos de hacer durante el crucero. Todo el comedor, de unos treinta comensales, está servido por un solo camarero ruso, rubio, autoritario, vestido de blanco, sucio, con un bigote recortado de estilo Hitler. Dos ingleses y un joven francés se sientan en la mesa frente a nosotros. Antes de empezar el servicio, el joven francés hace además de levantarse para ir a otra mesa desde donde le llaman, pero el camarero *nazi* le pone las manos sobre los hombros y le obliga a sentarse en ademán resuelto e imperativo. A todos nos sorprende el gesto brutal, pero todos cedemos ante el mandarán dictador, que parece llevar en el cuerpo las almas de Hitler, Stalín, Mussolini y Primo de Rivera juntos. Un compañero pide vino. El dictador le muestra en un pedazo de papel mugriento, una lista de nombres con la contrapartida de otra lista de precios en diferentes monedas. Por fin abre la botella el tancredo hitleriano y se consume su contenido. Se pide café y rotundamente nos dicen en ruso que no hay, que es *extra* y que si acaso mañana nos lo serviría. *Extra* quiere decir que hay que pagarlo aparte. La palabreja no se despegaba de nuestro oído hasta Barcelona.

Subimos sobre cubierta. Es ya muy de noche. A las doce zarpamos. El barco se desliza como un cisne en las aguas tranquilas de un lago. Son la una de la madrugada. En el cielo no hay luna ni estrellas. Sin embargo el ambiente parece iluminado. Es el mar quien destella esa luz. Como todas las del barco están apagadas, la sensación que experimentamos es verdaderamente inefable. Vemos claramente las aguas verdes que se rizan, ondulan y cabrillean con una crestería de espuma luminosa que alumbraba millas y millas en torno nuestro, cielo mar y atmósfera. Pero es una luz que no da sombras y llega a un momento que perdemos la noción de las dimensiones y del espacio y pensamos en Einstein, cuando tuvimos el honor de presentarlo hace ya muchos años, en el Salón de Actos de nuestras Facultades de Medicina y Ciencias. ¡Qué será del sañío matemático! Al revés que nuestro comensal quiso permanecer en su sitio, pero el *fhurer* lo lanzó de un puntapié fuera de la mesa *nazi* donde sólo se sientan los espásicos..... y automáticamente sacamos de nues-



El comedor del barco,

tro bolsillo de la americana el pequeño gallardete isocélico con la cruz de cuatro codos que compramos unas horas antes en *Zungfernstig*

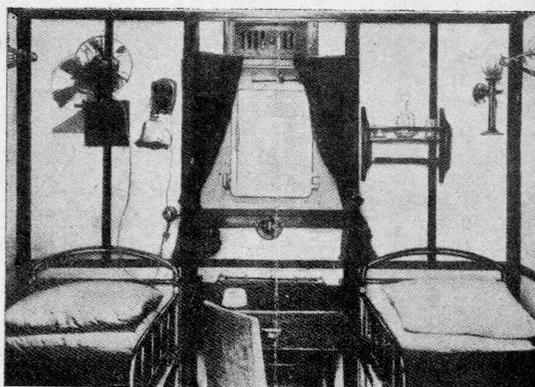
Son las dos de la madrugada.

La camarera a quien hemos brindado unos francos por el favor de poner agua hirviendo en nuestro calorífero de goma y que no quería tomarlos delante de gente, viene a por ellos. Al mismo tiempo nos dice que adelantemos una hora el reloj, con lo cual llevamos dos de ventaja a España. Pagamos nuestra oferta y ponemos sobre la cuenca de su mano vuelta, otra moneda de cinco francos para que golpee la puerta de nuestra cabina en cuanto se divise el Canal de Kiel.

Buenas noches. Las ropas de la cama siguen limpias, amarillas y mal olientes.

No podemos pegar los ojos; la luz misteriosa penetra a través de la ventana encristalada y revestida por la cortina. Tomo el rosario, hago mis rezos, cierro los ojos, suspendo la respiración. Imposible dormir, llevo dentro de mí la luz del Báltico y me veo el interior como el del hombre clásico del anquilostomo que nos mostraba el doctor ruso de la bata entallada y los botones argentinos.

Al fin, el ruido rítmico de las máquinas haciendo de *nana* y el balanceo del vapor meneando un poco la nave me traen un duerme-vela que si no llega al sueño alcanza sus umbrales, aquellos umbrales que muchos llaman dinteles, momentos misteriosos en que el ensueño cubre en un instante espacios inmensos y tiempos dilatados.



Nuestros camarotes en la motonave soviética

Dos golpes suaves en la puerta del camarote y la palabra Kiel, discretamente pronunciada, nos invitan a abandonar la cabina apresuradamente. Nos dicen que en Kiel parará el barco y podremos *echar* esta carta al correo. Son las cuatro de la mañana. El plankton es abundantísimo; indudablemente estamos en la época de florecimiento de estas aguas medio salinas, medio dulces, de este mar que aparece en su superficie como una inmensa esmeralda bruñida y luciente.

Hasta mañana si Dios quiere.

RICARDO ROYO VILLANOVA

En el Kooperatzia a la vista del Canal de Kiel - 12 agosto y domingo